

La multitud políglota de la Expo. Las banderas. La música confusa. En medio de la Cité du Havre, que avanza sobre el helado Río de San Lorenzo hacia la isla artificial de Santa Elena, hay un pabellón que nos introduce en un tema obsesivo a lo largo de toda la Expo de Montreal: "El Laberinto". Se propone dar una respuesta al dilema que tiene escrito a la entrada: "Si Teseo representa al hombre, ¿qué es el Minotauro?" La solución del enigma ha de leerse entre las líneas de unas visiones sicodélicas y de una película, proyectada simultáneamente en dos pantallas gigantes, una de ellas vertical y la otra horizontal. Los espectadores, asomados a las galerías de un gran patio interior pueden ver ambas a la vez.

Como en casi todos los pabellones de esta exposición, el film se afana en hacer evi-

dente la confusión del mundo actual, la inmensa proliferación de la raza humana y sus problemas. A un momento dado aparece en la pantalla vertical un tren que corre velozmente por un paisaje verde. Un instante después, sobre la pantalla horizontal que vemos en el fondo del patio asomándonos al balcón, se abre una sima como un pozo vertiginoso, y en el fondo vemos el mismo tren, fotografiado desde un helicóptero, moviéndose como un gusanillo blanco. El ruido va haciéndose ensordecedor, y vemos el detalle de las ruedas girando atronadoramente con un ritmo obsesivo mientras abajo la pequeña línea blanca sigue serpenteando sobre la tierra. De pronto enmudece el ruido y se hace una oscuridad completa. Una fracción de segundo después, sobre la pantalla horizontal y de cuarenta metros de lar-

go, con la brillante espiral del cordón umbilical avanzando hacia nosotros, aparece un recién nacido cuyo gemido resuena como un trueno en la sala.

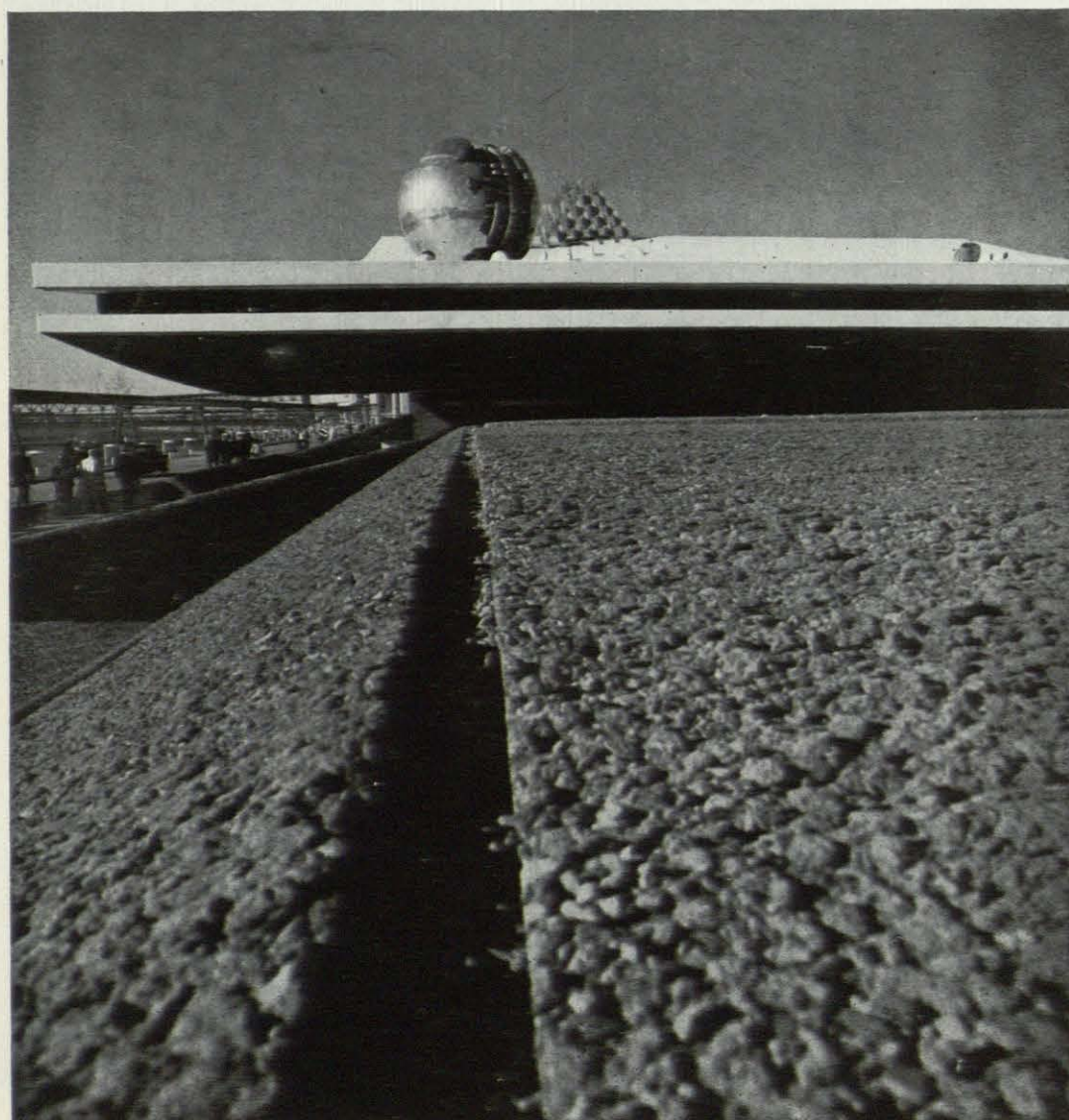
No fui capaz de saber qué era el Minotauro. Pero todavía tengo en mis oídos el gemido aterrador del hijo de Teseo.

La Expo 67 es el triunfo de la imagen. Casi no hay ningún pabellón que no posea un multicine donde se proyecten películas sobre varias pantallas a la vez. El poder de expresión de esta técnica es enorme, llegando a puntos de virtuosismo tan grandes como en el pabellón checoslovaco, donde las pantallas avanzan y retroceden mientras las visiones se rompen o se multiplican en un complicadísimo y armónico juego plástico-musical.

La puesta a punto de este sistema, con la fuerza poética de las asociaciones inesperadas de imágenes y la riqueza de mensaje plural concentrado en un tiempo mínimo, es quizá uno de los resultados más importantes de esta Expo 67. Hay mil trucos intermedios. Fotografías de filas de cabezas cortadas en bandas horizontales y cuyos ojos y bocas corren continuamente cambiando la expresión de cada cara sobre la que se detienen. Círculos concéntricos que giran componiendo y descomponiendo imágenes humanas, espejos deformantes, cilindros giratorios, caleidoscopios que reproducen infinitamente la imagen de la multitud de visitantes. Es como un gran río de imágenes que corre paralelo al espectador. Como otro laberinto. Como un retrato de la humanidad repetido infinitamente, visto a través del grandioso ojo de mosca de Buckminster Fuller.

La cúpula geodésica de Fuller, pabellón de los Estados Unidos, es uno de los más bellos objetos creados en nuestro siglo. El ritmo de su trazado geométrico, los brillos y la transparencia de esta burbuja colosal representan un goce plástico tan grande, pongo como ejemplo americano, como la contemplación del Seagram Building. Para un involucro de tal categoría su contenido es insuficiente o excesivo. Y es que casi ningún país ha acertado en la fórmula de exhibición. Reduciéndolos a tres grupos generales hay pabellones que conciben su propia imagen como unos grandes almacenes en los que, divididos en varios pisos, se nos

PABELLON DE ITALIA.



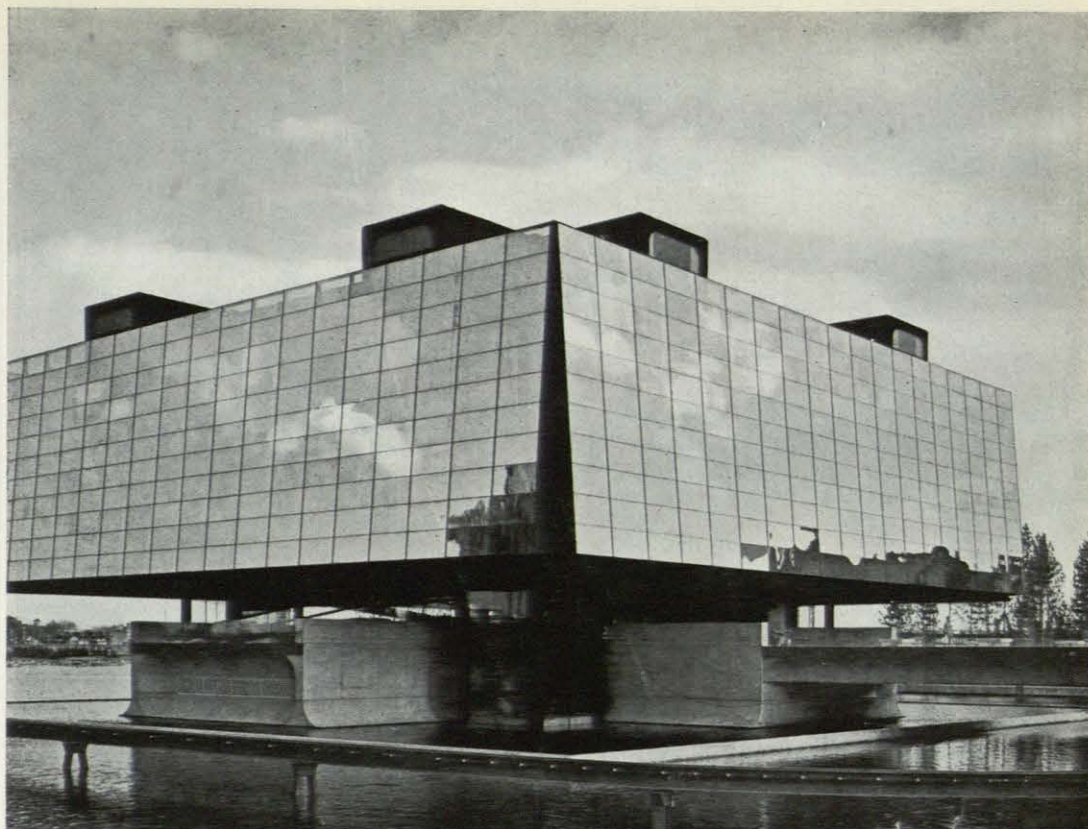


ofrece todo aquello que podamos desear, "desde un rompehielos hasta un poema". Así es el pabellón ruso, y el francés, y el alemán, cuya densidad de rodamientos y violines y productos químicos y mil cosas más impiden casi la entrada al visitante y desde luego la contemplación interior de la estupenda tienda de campaña que lo alberga. En este concepto, los Estados Unidos se han limitado al departamento más alegre, y nos presentan una cosa que parece ser la sección de juguetes. Plumajes de gran jefe indio, pistolas de cow-boy, ratoneras del período colonial, una cama en la que dormía Jean Harlow en su mejor película, un ventilador blando de Oldenburg hecho de plástico cosido, amén de unas cápsulas espaciales colgadas al alcance de la mano de los niños, constituyen los mejores atractivos del programa, todo ello montado sobre una pesada estructura de siete pisos, completamente ajena en escala, materiales e intención, al "dome" de Fuller. No cabe duda que tiene mucho mérito haber gastado tanto dinero en un objetivo tan limitado y sonriente. Pero la seriedad de esa esfera de 80 metros de diámetro merecía por lo menos una mejor instalación interior.

Otros países se esfuerzan una vez más en convencernos con un aire humanístico de que sus niños van a la escuela todas las mañanas, de que sus fábricas echan humo por las chimeneas, de que los alfareros hacen cacharros con sus manos, de que en primavera los campos se llenan de flores... Y ante una supuesta incredulidad del espectador, se insiste, agregando que en ese determinado país las tuercas se aprietan con llaves inglesas.

Hay dos pabellones, y posiblemente alguno más que no recuerdo, que son totalmente acertados en cuanto a su programa, y realizados con especial fortuna. El de Quebec, una lección de simplicidad y de ausencia de retórica, presentado con el lenguaje formal más armónico y cuidado de toda la feria, es el primero.

El pabellón venezolano, después, encierra en tres cubos multicolores que ya de por sí son un estupendo objeto plástico, un cine, un restaurante y un gran móvil. Carlos Raúl Villanueva ha dedicado el espacio más importante del pabellón a un elemento artístico totalmente ajeno a la gritería turístico-comercial de otros pabellones. Y Soto ha hecho algo de tal categoría que convierte el recinto en una especie de templo donde la

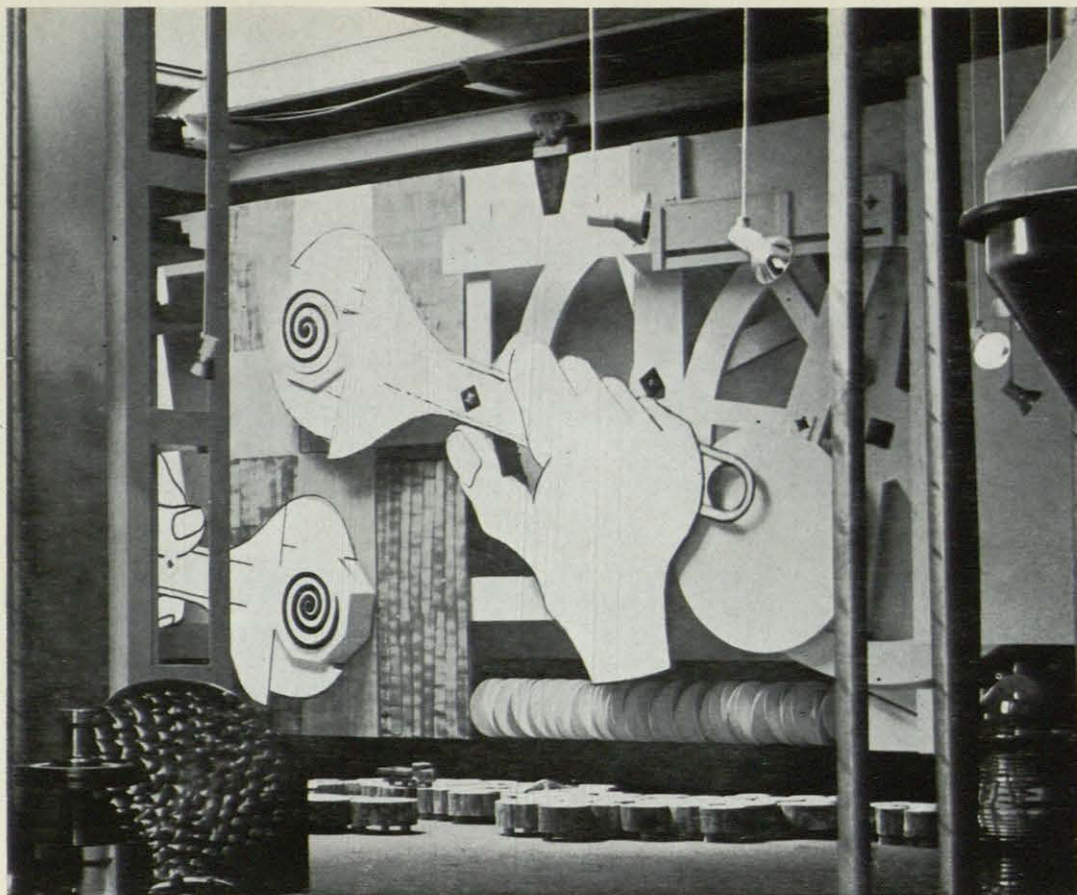


EL PABELLON DE QUEBEC. ARQUITECTOS: PAPINEAU, GERIN, LE BLANC, DURAND.

UNA DE LAS ESCULTURAS MAS GRANDES DE EXPO 67, ESTA OBRA DE ALEXANDER CALDER, LLAMADA "EL HOMBRE", HECHA EN ACERO INOXIDABLE.







RELIEVE MOVIL EN LA ZONA DE SUECIA DEL PABELLON ESCANDINAVO. "LA GRAN PAREJA", DE LOUIS ARCHAMBAULT.

multitud ruidosa de visitantes se siente obligada espontáneamente a guardar un silencio respetuoso. Esta sala es el "pezzo di bravura" artística más memorable de la Expo.

En el terreno de la integración de las artes hay que recordar junto a él la dramática y excelente colocación de tres esculturas sobre la cubierta del pabellón italiano, y el desperdicio de un buen Moore y de mu-

cha buena escultura alemana colocada desordenadamente. El Calder—mayor, pero no más grande, que el de Spoleto—, y las esculturas del canadiense Snow, se hacían también notar, por su colosal tamaño la primera y por su polifacética repetición y actualidad las segundas.

La Expo 67 tenía también el mejor museo de bolsillo que se haya reunido en análogas circunstancias. Pero si su nombre queda

en la historia va a ser por haberse atrevido a construir algo que no tiene nada que ver con una feria: el "Habitat".

Después del esfuerzo colosal, del trabajo de tantas naciones en sus pabellones y sus resultados buenos y malos, el "Habitat", con sus aciertos y sus errores, nos habla de otra manera de pensar en lo que una Expo debe ser. Este ha sido el mayor acierto de los muchos de la Exposición de Montreal.

"PRESENCIA", DE ARMAND VAILLANCOURT.  
"MOISES", DE SOREL ETROC.

